
CAPÍTULO VIII

EL PARTIDO LIBERAL JUZGADO POR SUS OBRAS.

I

TANTOS desatinos cometió el Partido Conservador, tantos fueron los errores en que incurrió, que los ciudadanos no pudieron resistir por más tiempo que aquel grupo de políticos condujera á la patria de abismo en abismo, de desgracia en desgracia, y resueltos á todos los infortunios, á todas las iras y á todas las venganzas, se resolvieron declarar guerra á muerte á los conservadores, para quitarles el poder y relegarlos al olvido.

Quedaba palpitante aún en los pechos de los buenos mexicanos la sentencia que los conservadores dictaron condenando á Hidalgo; latía el recuerdo del fusilamiento de Morelos: no era posible que se olvidara que, á raíz de la proclamación de la independencia, pretendieron sentar en el poder á un emperador; fresca estaba en la memoria la importación de Maximiliano, hombre iluso y engañado por el Partido Conservador, y, más que todo, por él entrega-

do á la muerte: otras mil cosas habían ido reviviendo los hechos y que forman la culminante historia conservadora de los mexicanos afectos á la dominación extranjera, á la abyección ó á la esclavitud del extraño mando. Con todo lo cual, había más que razón suficiente y poderosa para que despertara en el seno de la república un elemento contrario á aquellas tendencias opresoras, elemento vengador y terrible que, con todo el posible denuedo, se lanzara al combate y se enfrentara con los enemigos, á fin de cortarles las alas y decirles: ¡ha concluído vuestra obra; ahora empieza la mía! Cesa vuestro poderío, porque no habéis sabido conducir á la patria por los senderos que le señalaron nuestros libertadores. Habéis tomado cuenta de todo y gobernado á impulso é indicaciones de las coronadas testas de Europa, durante siglos; pero vuestra labor ha sido oprobiosa, de largas intrigas palaciegas, enredos y chismes de cortesanos. Por lo mismo, no podéis seguir en el gobierno. Tenéis sangre inclinada á la sumisión de los extranjeros; vuestra constitución os demanda la esclavitud y el servilismo, cualidades de gobierno que rechazan los pueblos libres. Vuestras conciencias, mal comprendiendo la sutil y tenue luz de la fe, han hecho del altar, desgraciadamente, un objeto de odio, de la religión, algo que atormenta; del sacerdote á un cómplice que, convertido en pagano inquisidor, anda desviado de los caminos del Crucificado. Predicáis y no ejecutáis. Habláis sobre los derechos del hombre, los deberes de conciencia; os atrevéis á levantar la frente y proclamar los fueros de la verdad, cuando, en punto á derechos y deberes,

no conocéis ni los vuestros. En nombre de Dios, un Dios bueno, santo, todo ternura y bondad, pedís perdón al enemigo, y no sois vosotros capaces de perdonar á nadie. A la sombra de la virtud, sois unos malvados encubiertos; á la sombra de la religión, unos iscaríotes; á la sombra de la fe, impuros traficantes en el templo. ¡Oh! Pretendéis hablar de ideas, principios; pregonaís la bondad de doctrinas que no son patrimonio de vuestros dañados corazones ni de almas que, desconociendo su origen, se arrastran cual abyectos reptiles.

En una frase: no podéis ser los mentores del pueblo, porque sois incapaces de mandar á un pueblo noble, altivo, valiente y fiero; un pueblo que, muerto, aun lucha; y triunfante, es tan grande como resignado en la adversidad y resuelto en la derrota.

Por estas y otras razones, habéis terminado; dadme cuenta de todas vuestras acciones.

Ese elemento que habla é impera; que, desesperado se lanza á la lucha; que, sin medios de combate, se arroja á los campos de la guerra, es el Partido Liberal, que tuvo por primer jefe al mismo Hidalgo; partido que apoya sus pies en las columnas que formaron Mina, Morelos y Abasolo, y su cabeza toca á los astros que tachonan el firmamento.

Su existencia es consecuencia lógica; la debe al mismo Partido Conservador. La vida del Partido Liberal es la resultante de los rigores y yerros del elemento conservador, porque de los extremos sólo nacen extremos: para una agrupación política que se constituye en azote de los intereses nacionales; para un partido siempre conspirador contra la inde-

pendencia del país, era indispensable que surgiera un grupo de hombres cuyos espíritus estuviesen fundidos en los mismos moldes de los revolucionarios franceses, é hiciesen correr la sangre á raudales, como corren los ríos, al despeñarse en el mar; un conjunto de individuos vaciados en los bronce escultóricos de los asaltantes de la Bastilla, y fiel reproducción de los guerreros del 93.

Sus hechos serían una atrocidad, sus acciones serían de sanguinarios; harían correr la sangre hasta de los inocentes; pero la revolución trae ejemplos magníficos de enseñanza, y todas sus consecuencias se deben al mismo elemento conservador.

II

¿Se culpa á la revolución? ¿Se condena el proceder de los revolucionarios? Son frecuentes las inculpaciones que se arrojan sobre la revolución francesa, porque fué el origen de las demás que le sobrevinieron en América.

No hay hombre de sentimientos humanos que no se indigne ante la actitud que tomaron aquellos hombres fieras, cuya sed de sangre no fué saciada ni con convertir en lágos rojos las calles de París. Se subleva el espíritu, al considerar tanta matanza de niños y mujeres, llevada á cabo por aquellos locos guillotinos.

Creo que la historia aun ve con horror aquellas infamias, que asolaron á la capital francesa é hicieron estremecerse á todas las naciones civilizadas.

Las hazañas terroríficas de los guillotinos franceses denuncian á unos hombres salvajes.

Ahora bien, después de que todo el mundo culto queda abismado cuando entra en consideraciones sobre aquellos hechos, ¿tiene presentes las causas? La historia no tiene derecho para inculpar tan sólo; la filosofía de ella exige que se tomen en cuenta las causas eficientes de los grandes atentados humanos y la época en que han podido desarrollarse.

Los interesados en tal ó cual causa incoada en contra de algún delincuente, hacen bien en tener presente sólo lo que á ellos les concierne; porque cada cual está en su perfecto derecho, al defender lo suyo. En los casos particulares, semejante táctica hasta es fórmula sacramental de ley, y no hay juez que extrañe un proceder idéntico. Pero este último, ¿puede condenar ó absolver, guiado tan sólo por sus propios afectos ó simpatías? De ningún modo. Es de su obligación estricta deducir de los autos su dictamen de sentencia.

En otro orden de cosas, he ahí un caso parecido. La humanidad es el factor principal; las acciones de sus miembros son impelidas por la fuerza de elementos secundarios, ocultos á la simple vista. Por los errores de éstos, ¿es posible dictar fallo, sin antes someter á minucioso examen sus diversas manifestaciones? Para esto sólo es capaz la filosofía de la historia; ella es el juez único, porque no es parte, y su dictamen es parejo é imparcial.

Sentada esta doctrina, veamos si aquellos desgraciados revolucionarios franceses tuvieron toda la culpa de sus sangrientos actos, aunque ellos hayan

enturbiado las ondas del Sena y convertido á París en un campo desierto, tapizado de cadáveres.

Ya que no es posible, á los ojos de la moral, afirmar su inocencia, al menos sí podemos tener en cuenta varias atenuantes, una vez que han pasado tantos años.

Nada más fácil—para muchos escritores de ocasión—que llamar lobos carniceros, fieras humanas, bestias salvajes, sanguinarios y asesinos, á aquellos desdichados revolucionarios. Desgraciadamente, los que más inculpaciones lanzan, son los que menos veraces pueden ser. Para buscar adjetivos y halagar á la plebe, hay sencillos medios: se coge un libro de vocabularios y se transcriben todos sus términos, y basta para convencer á los necios y adquirir fama y renombre entre los incautos é ignorantes.

Francia atravesaba por un período de prueba terrible. Los que escalaban el trono eran hombres poco aptos para el gobierno, exceptuando muy pocos. Con los monarcas inhábiles, tanto porque carecían de dotes de gobierno, como porque á veces eran muy débiles, la nobleza llegó á tomar posesión casi del mando. Y reyes y súbditos, para sostener derroches en francachelas y aparatosos bailes, hicieron sentir la tiranía sobre el pueblo, imponiendo gabelas y humillaciones.

Por una parte, el gravamen sobre la propiedad, para sostener el lujo de la corte real, compuesta de no pocos desvergonzados y pillos; y por la otra, la sujeción del pueblo, que, obligado por leyes especiales, tenía que servir de rodillas—y arrastrándose—á los grandes chambelanes, hicieron que estallara

la indignación popular. Con la opresión tirante, la unión entre el clero y los magnates de la corona (nótese bien que los tiranos, para agobiar, siempre se valen de una religión de altos fines y ajena á las intrigas), los abusos se multiplicaron, al grado que el populacho, que, cuando se levanta, se levanta todo entero, capitaneado por algunos descontentos, pretendió derribar á los que estaban en el poder y proclamar sus derechos.

Después de tantos años de un sistema gubernativo manejado por elementos unidos, aunque en sí fuesen divergentes, no era fácil que con caricias y besos, el pueblo francés obtuviese acabar con aquella generación desenfrenada y que desconocía su noble misión sobre la tierra. Tanto los reyes como el clero, unidos y obrando de común acuerdo, hacían y deshacían de los habitantes, sin procurar mejorarlos de suerte, pudiendo. El súbdito, obligado á los tributos, á los homenajes de dinero y servicios personales, era algo menos que una bestia. Y los nobles, exhibiéndose en los salones, tapizados con el sudor del pueblo, eran algo más que soberanos, señores que comían y bebían, sin hacer nada, del trabajo de aquél.

Por lo mismo, para escarnio de los gobernados, se derrochaban fuertes sumas en los festines de palacio, en donde clérigos y simples sacristanes daban al compás de desenfrenada orgía.

Aquello era el tiempo de Babilonia. La orgía de Baltasar iba renovándose, y los ornamentos sagrados se exhibían fuera de los templos.... El desorden había llegado al colmo en nombre de los santos

principios, en el trono de San Luis abusaban los descendientes de aquel rey tan bueno y prudente, que supo hacer feliz á su pueblo.

A la sombra de una religión divina, se cometían los más nefandos crímenes: los ministros del altar, desconociendo sus deberes, se mezclaban en aquel *maremágnum* cortesano, y, en vez de consolar á los afligidos, de cuidar á los pobres y predicar la doctrina de Jesús, se entretenían en adular á los grandes, en intrigar y procurar buenos puestos y mejores títulos rentísticos. El matrimonio, entre aquellos disolutos, ya no tuvo el respeto que le impuso Cristo: concubinatos y adulterios formaban la historia completa de tanto ser degenerado y abyecto. Entre la turbamulta-cortesana, era imposible distinguir á los buenos: porque, si al principio los hubo, contagiados por la corrupción que los rodeaba, perdieron después todo freno de moralidad.

El pueblo era el testigo de todos aquellos desórdenes, y, además, era el directamente perjudicado. Por consiguiente, agotada toda su paciencia, no pudo sufrir por más tiempo tanta abyección en sus mandatarios y cortesanos.

¿Cómo puede ser—se decía—que se soporte esta triste situación por más tiempo? Callar, es morir; guardar silencio, es perecer; aguantar, es aceptar. ¿Y será justo aceptar lo que pugna con las leyes divinas y humanas? Acabar con tanto holgazán y delincuente, es cumplir con un deber de patriotismo y religión.

En vista de los abusos que tomaban—cada día—mayores proporciones, el pueblo estaba preparando

un golpe terrible, un golpe de muerte. Para él, sólo así se pondría punto á los escándalos de los nobles. Estos, en nombre de la religión, sometían al país á una esclavitud feroz y á un servilismo personal; aquel, en nombre de la misma, pretendía proclamar los derechos del hombre y la igualdad ante la ley. ¿Quién de los dos obraba conforme á los preceptos de la verdadera religión? ¿Procedía bien la nobleza según el espíritu del Código del Sinaí, al reducir al pueblo á la vil condición de simple tributario sin ninguna clase de privilegios? ¿Tenía la razón la clase oprimida, conforme á las doctrinas de Cristo, el grandioso Mártir del Gólgota, en reclamar sus derechos y proclamar la igualdad?

Ambos invocaban los preceptos de una misma doctrina; unos y otros se refugiaban á la benéfica sombra de los mismos principios para demandar justicia: nobles y plebeyos se asían de la religión.

Repito, ¿á quién asistía la justicia? Con los nobles andaban los clérigos, los ministros del altar, encargados de predicar la igualdad ante la ley, y el pueblo disputa la victoria sólo, sin más apoyo que la palanca de la justicia misma y la fuerza de sus brazos para obtenerla.

Estimulado por los lauros que ofrece el triunfo de toda causa buena, estalla la revolución, magna, colosal; porque sólo así era segura la victoria.

Efectivamente, á las iras del pueblo nada resiste: lo que hace oposición, rueda, como las hojas al desprenderse de la rama, impulsadas por el huracán. La indignación entonces crece, porque, al correr la sangre, aquellos hombres revolucionarios se convir-

tieron en fieras; creyeron que todo era legítimo, porque Dios crió á todos los hombres iguales, y duro castigo merece todo aquel que lo reduce á la mísera condición del esclavo. Ellos vengaban al pueblo, legítimamente constituído con caracteres, leyes y todo, y la venganza fué terrible, atroz, desoladora; porque el hombre llegó á beber la sangre de su semejante.

El hombre fué criado libre, soberano, pues participa de la libertad divina; por consiguiente cometía un sacrilegio quien hacía de él un objeto de explotación. Estas ideas enardecían más los ánimos del pueblo, desbordante ya en salvajismo. Diríase que aquellas masas enfurecidas carecían de todo sentimiento, á juzgar por su total ceguedad moral.

Y, sin embargo, abrigaban los revolucionarios la convicción de exterminar á los pérfidos en nombre de un principio religioso: la libertad é igualdad ante la ley. Era extremosa la saña; pero un cambio de cosas, viejas y bien arraigadas, ¿podría hacerse en otra forma más benigna? Retroceded á la época de entonces, con la más sana filosofía en la mano, y contestadme.

La verdad de las cosas, es que unos y otros mal interpretaron los principios que peleaban; pero—hay que confesarlo—unos y otros alegaban ideas religiosas y la libertad del hombre.

III

En vista de los hechos, ¿se podrá culpar tan sólo á los revolucionarios? En Francia pasó lo que en otros países, siguiendo su ejemplo, México es uno de esos países.

Fué horroroso el cuadro: la matanza se extendió hasta á los seres inofensivos. Pero el objeto requería la magnitud de los hechos: había que cortar el mal de raíz para un cambio absoluto; cambio que se imponía, porque era intolerable la conducta de los nobles.

Ahora, pensad en los beneficios que produjeron las hazañas de aquellos locos, y veréis que no del todo fueron dignos de condenación; que hicieron bienes á la humanidad que hoy les lanza el estigma del desprecio.

¡Hay errores y vicios que sólo se regeneran con otros más grandes! Tal fué el móvil de la revolución francesa. Y no quiero meditar en los desastres ni en las horas de desolación y amargura; me conformo con pensar en los beneficios que trajo aparejados aquella . . . ¿no sé si llamarla nefasta ó bendita revolución! Con ella, la dignidad del hombre volvió á circular en las venas y los grandes pillos de las sociedades que se albergaban en los pliegues de un manto nobiliario, se cuidaron de atentar contra las libertades individuales; porque el pueblo estalla tarde, pero estalla y su indignación no tiene límite entonces.

Y sobre esas molduras, aunque más benigna, esta-